

habían fundado sus establecimientos en Puebla, Oaxaca, Veracruz, Pátzcuaro, Guadalajara, Zacatecas y Durango, servían otras muchas misiones, como las de San Luis de la Paz, Cuencamé y Parras, doctrinaban muchos pueblos y habían ido á regar su sangre mezclada con la de los hijos de San Francisco, en el territorio de los sinaloas, recogiendo las palmas del martirio, cuyo fruto es una corona de gloria imperecedera para los que lo sufren y la segura civilización del suelo donde se derrama.

Interminables habíamos de hacernos, si nuestra narración comprendiera cada uno de los pormenores que se refieren en las obras de Torquemada, Espinosa, Dávila Padilla, Remesal y otros muchos autores que siguen paso á paso el curso de las comunidades religiosas que se establecieron en nuestra patria, y á las que entre otros muchos beneficios, les somos deudores de haber salvado en gran parte el tesoro de lo que poseemos de nuestra historia antigua, para podernos remontar hasta descubrir la misteriosa cuna de nuestros progenitores; para lo cual tuvieron gran trabajo en recopilar unos datos, desentrañar la esplicacion de otros y suplir los que habían parecido en la devastacion que entró en la conquista, como lo hizo el padre Benavente en Tezcoco: y el padre Sahagun, que en Tlaltelolco reunió una junta de sábios indígenas y por espacio de algunos años estuvo conferenciando con ellos, hasta rectificar y depurar en el tamiz de la mas severa crítica, los acontecimientos principales que forman el cuerpo de nuestra historia antigua. Pero llenaremos el objeto que nos propusimos como materia de este capítulo, designando siquiera algunos casos, que demuestren el trabajo que tomaban los misioneros, en las ciudades ya formadas, en los pueblos indígenas y en los que emprendían para llevar á los naturales la civilización á los mismos rústicos albergues en que habitan como los pájaros

en las ramas de los árboles y en sus nidos formados en las rocas de las mas encrespadas montañas, á donde habían huido de la injusta persecucion de los castellanos, esperando el momento oportuno, para lanzarse sobre ellos, como el buitre se arroja sobre el objeto que ha señalado para hacerlo presa de sus garras.

No pretendemos defender y constituirnos panegiristas de los abusos que tambien y en tiempos posteriores, ha tenido que lamentar nuestra sociedad de algunos individuos de las comunidades religiosas; y á su debido tiempo los haremos notar lo mismo que las funestas consecuencias que produjeron, siendo una de ellas armar el brazo de la reforma con la guadaña de devastacion, para entrar en la mies del Señor, cortando sin distincion todos los sarmientos, hasta dejar un campo desolado. Nuestro objeto es hacer que la sociedad se fije en un sentimiento de gratitud, por los beneficios que debe á estas instituciones, y el respeto que ellas merecen en general, porque siendo su objeto practicar la caridad en todas sus misteriosas transformaciones, no ha habido dolencia en el corazón de los hombres, que no haya sido remediada por su mano como por la de un Dios rico en misericordia y poseedor del consuelo universal.

El padre jesuita Juan Agustin, uno de los destinados de la casa de Zacatecas, para llevar la nueva del evangelio, á muchos pueblos que mas allá de la ciudad de Durango, aun permanecían en las tinieblas de su gentilismo, fijó su residencia en el pueblo que estaba al pié de un cerro, al que despues le dieron el nombre de Cerro Gordo, con lo que tambien se siguió denominando al pueblo. Dedicó una iglesia para la celebracion de los divinos misterios y empezó su instruccion, repitiendo en voz alta con todos los indígenas, la doctrina cristiana, que despues ellos en sus

casas y en sus ocupaciones, seguian estudiando hasta aprenderla. Impuestos de cuales eran los principales deberes del cristiano, todos los llenaban con diligente esmero dando de mano á sus antiguas costumbres, aun las mas difíciles de desarraigar, como la embriaguez y la deshonestidad. Las felices nuevas de la dicha en que vivian los naturales de Cerro Gordo, pronto se difundió por distintos pueblos, y los gefes de muchos pueblos á las márgenes del rio de Nazas y de la laguna de Parras, venian á rogar al padre, pasase á administrar entre ellos el santo bautismo y enseñarles la ley del verdadero Dios. El misionero se resistia, por no dejar expuesta la congregacion de Cerro Gordo, á los efectos de la inconstancia de los recién convertidos; pero tres señores de los pueblos de Nazas le instaron de este modo: "Bien sabemos, que no buscas oro, plata, ni cosa alguna de nuestra tierra, sino solo nuestro bien. Dios te ofrece lo que buscas; y á pesar de nuestra pobreza y del vil vestido que nos cubre bien sabes que dentro de nuestro cuerpo está el alma que vale mas que el oro y las riquezas de la tierra, te suplicamos no las dejes perecer." Este razonamiento que podia avergonzar á los filósofos que se precian de ilustrados, decidió al religioso Juan Agustin, y pasó entre ellos á instruirlos y prepararlos para su espiritual regeneracion en el bautismo, particularmente á la muchedumbre de párvulos que morian de las viruelas. Cuando el padre volvió á Cerro Gordo y manifestó su deseo de establecer la mision de Nazas como punto mas á propósito para cosechar mejor fruto, los naturales se estremecian de dolor y desde luego decian: que aunque aquella era la tierra de su nacimiento y donde sus corazones se hallaban ligados por las afecciones de la naturaleza, como estimaban mas sus almas, si se iba de entre ellos todos lo seguirian. Tales eran los frutos de bendicion que el Señor concedia á sus siervos, por la sin-

ceridad con que trabajaban en el bien espiritual de los indígenas.

Así que el operario evangélico recibió nuevos compañeros para cultivar aquel extenso campo, dejó al cuidado de otros menos peritos en aquellas fatigas el cuidado de la mision, y con el padre Arista fué penetrando por los pueblos de Nazas y los de la laguna, donde hallaron á los indígenas mas supersticiosos y montaraces. Tenian los padres que caminar hasta un dia entero para hallar casualmente laguna indio oculto entre la breña ó en los arenales de la lengua: con él comenzaban su instruccion; y por su medio se valian para atraer á otros. Las fatigas que estos hombres de Dios tendrian que soportar, puede conocerse por la lentitud con que recogian el fruto, pues en el primer año no pasaron de sesenta adultos á quienes se administró el bautismo.

Mas al fin como la palma de la victoria está concedida siempre á la perseverancia en los caminos rectos, su constancia en los sufrimientos docilitó la dureza de aquellos corazones y empezaron á prestarse para formar una sociedad civil. Renunciaron al amor con que vivian en los bosques y bajaron á formar la poblacion de Santa María de las Parras, que ya estaba comenzada desde la vez primera que los misioneros habian penetrado por aquellos lugares, por el lado del Saltillo. Los naturales bajo la direccion de sus padres en la fé, edificaron el templo católico, sus casas de habitacion y un hospital donde los religiosos hacian mas patente su profunda humildad y su encendido amor, remediando las desgracias de sus semejantes.

De allí salian los padres á las desamparadas soledades y á los penosísimos caminos, para atraer á su rebaño las muchas ovejas que corrian dispersas, y ocultándose entre las espesuras de los bosques á las cuales despues de una

constancia heroica, propia sola de la religion del Crucificado, traian á la poblacion de Parras, ó á fundar otros lugares, en puntos mas cercanos á sus antiguas guaridas. Estas nuevas congregaciones eran asistidas por los padres, y en proporcion de la fatiga que tuvieron para fundarlas, era el consuelo que sentian al ver los saludables frutos con que les brindaban aquellas tiernas plantas. Una india anciana recién salida de las selvas, pedia el bautismo postrada en presencia del sacerdote y con sus ojos anegados en llanto decia, que desde que un hijo sayo hecho cristiano, la habia empezado á instruir en su nueva religion y le habia enseñado quien era el verdadero Dios y que estaba en los cielos, muchas veces entre dia y todas las que despertaba en la noche, lo adoraba con su corazon y á grandes voces pedia su socorro al poderoso Dios del cielo.

En uno de aquellos pueblos, durante una ausencia del padre Arista que lo administraba, un indio jóven, de gran ascendiente entre la multitud y agujoneado de sus pasiones, reunió en la noche á la mayor parte del pueblo, para estimular con un insinuante discurso, á que abandonaran aquella vida de sujecion y volvieran á la libertad de que disfrutaban en los bosques, donde tantos placeres les ofrecia la naturaleza. La muchedumbre escuchaba asombrada aquella proposicion que al fin se hubieran resuelto á ejecutar; pero antes de practicarla, uno de los que servian de catequistas fué á dar aviso al padre, que luego se presentó en su alborotada grey. La reunió en la iglesia, disimulando primero saber cuál era su perverso designio; pero viendo que voluntariamente endurecian su corazon y cerraban los oidos á sus exhortaciones, les declaró saber lo que meditaban, y expresándoles la amargura que llenaba su corazon al ver la ingratitud con que correspondian á sus beneficios, les dijo que él pues abandonaria tambien aquel pueblo, sin que tuvieran ya quien

cuidara de sus enfermos, de enterrar á sus muertos y de enseñar á todos á cultivar sus sementeras y practicar todos los oficios que les proporcionaban la comodidad de la vida. El misionero efectivamente salió del pueblo y pronto todo el vecindario fué en su seguimiento, formado en una procesion de penitencia, para desagraviar á Dios del enojo que le habian causado con sus criminales pensamientos: á esta prueba de sincero arrepentimiento, que produjo el piadoso ardor del padre Arista, se volvió á recoger el mucho fruto que le prometia la buena disposicion de aquella sociedad cristiana.

Mientras así trabajaban estos padres en las cercanías de la Laguna y el rio de Nazas, y con igual buen éxito aunque no con menos trabajo, el padre Francisco Ramirez en la mision de Cuencamé, otro laborioso operario, el padre Gerónimo Ramirez tambien de la compañía de Jesus, recogia una abundante cosecha en la extensa nacion de Tepehuánes que comienza á las 25 leguas al Noroeste de la ciudad de Durango. Los habitantes de estos pueblos, menos salvajes que los de la Laguna, vivian en chozas de madera, se vestian con ropas de algodón, eran de un ingenio vivo y penetrante, y fáciles para retener en la memoria cuanto se les decia. No les era desconocida la vida civil y sus sociedades aunque no tan perfectamente organizadas, estaban sujetas á un orden regular de policia: guardaban con notable exactitud algunos puntos de la ley natural, y era muy raro entre ellos, el hurto, la mentira y la deshonestidad: la embriaguez no estaba tan generalizada como en otros pueblos; y la idolatría, mas bien era para ellos un objeto de curiosidad y diversion en los sacrificios de flores y frutas que ofrecian á sus ídolos, que un falso sentimiento de religion.

El padre Ramirez saliendo del colegio de Durango, salia hasta la Saucedá, donde se habian reunido muchos indigenas

mexicanos y tarascos, y viniendo allí algunos tepehuanes á ocuparse en las labores de la hacienda, observaron la predicación del padre y no se sorprendian menos con las verdades que el predicador enseñaba, que con las ceremonias religiosas con que se practicaban los divinos misterios. Los que primero se instruyeron en la religion, fueron á sus pueblos desempeñando el oficio de catequistas y pronto vinieron á pedir al padre el bautismo, para todos los que estaban prontos á recibirlo. El día señalado, una gran procesion de catecúmenos, con sus vestidos limpios, el cabello suelto, coronados con guirnaldas de flores y adornados de vistosas plumas, se dirigia, precedida de la Cruz y los ciriales, al lugar donde se habia preparado la fuente sagrada para el renacimiento espiritual de aquellos pueblos, formada debajo de una enramada, cubierta de flores olorosas y de muchos pajarillos presos en las mismas ramas, que mezclaban sus gorjeos, con los cantos de júbilo de aquella concurrencia agradecida á los favores de la gracia. Algunos que aun no tenian la suficiente instruccion, quedaron sin recibir el sacramento de regeneracion, y fué tal la pena que esto les causó, que anegados en llanto pasaron allí todo el día, y aun en la noche fué necesario el consuelo del celoso ministro para que pudieran retirarse á recibir mayor instruccion para hacerse dignos de ser admitidos en la gran familia de Jesucristo.

Viendo tan bellas disposiciones en los tepehuanes para admitir la ley cristiana, dispuso el padre entrar á sus pueblos para cosechar con mas abundancia el fruto de la buena semilla que su celo habia sembrado. Cuando esto se verificó en el pueblo principal que era el de Papasquiario y al que se le aumentó el nombre Santiago, se empezaron á reunir los que vivian en las selvas y pronto se formó una sociedad civilizada, que permitió á los habitantes de Durango, extender por aquellos puntos su comercio y explo-

tar los ricos minerales de Indehé, Guanasebi y otros que se descubrieron en aquel rico territorio.

Pronto tuvo el padre Ramirez otros compañeros con quien cultivar aquel extenso campo y llevaron su predicacion hasta los confines de la Taraumara y las asperezas de la sierra de Topia: en algunos puntos los indígenas eran tan montaraces, que solo habitaban en las cimas de los cerros mas altos; y cuando los padres con mucha fatiga llegaban á subir aquellas cumbres rocallosas, ya los naturales habian huido á su presencia, y tenian que continuar su penosa tarea hasta por varios dias, para venir á encontrar alguno é inocular en su corazon el germen de la verdad. Pero como la Providencia siempre vela en todos los acontecimientos, y bendice los trabajos de sus siervos, dispuso el mejor término de los esfuerzos de estos benditos hombres, llevados con tanta paciencia y aun á costa de las mayores penalidades. Los mismos indígenas que tenian la buena suerte de escuchar las explicaciones evangélicas, iban á desempeñar entre los suyos el papel de catequistas y así fueron saliendo de entre los breñales, innumerables gentiles que con la mayor humildad pedian ser lavados en las fuentes del bautismo.

En una de las principales poblaciones, que habia tomado el nombre de Ubamari, del principal ídolo que allí se veneraba, luego que tuvieron suficiente noticia del verdadero Dios, salieron todos los habitantes en busca del ministro de ese Dios para pedir el bautismo despues de haber arrojado sus ídolos en un rio; y cuando todos fueron bautizados, volvieron con el mayor regocijo, conduciendo en hombros una gran cruz de madera cubierta de flores y yerbas olorosas, que fué sustituida en el lugar de sus falsas divindades y el objeto de sus profundas veneraciones. Ocho meses despues que el padre Fonte visitó los cinco pueblos en que se habian congregado los habitantes de aquel distrito, casi todos los adultos estaban capaces de